

SILENCIO NO ES RESIGNACIÓN

Germán Cuadros

Ahora que se están eliminando empleos en servicios forestales y sanitarios en la Sierra de Cuenca, también se ha acabado con el colegio de Vadillos. No solo pasa aquí: sucede en todo el país, pero especialmente en Cuenca. A propósito de la clausura de la escuela de Vadillos, le hemos pedido al Secretario General de UGT, y profesor en ejercicio, que analice para Mansiegona la situación de la escuela rural en nuestra zona. Lo que sigue es su criterio.

El edificio escolar de Masegosa (hoy flamante y bien conservado), erigido en 1957 para acoger a más de 50 alumnos, vio cómo un mal mes de septiembre de principios de los 80, los 12 niños que le quedaban bajaban a Beteta en el transporte escolar en busca de una Educación General Básica integrada en un sistema educativo moderno. Pero aquellos planteamientos organizativos y pedagógicos eran más urbanos que rurales.

El culpable fue un inevitable decreto de comarcalización escolar que se llevó por delante a media docena de escuelas en la comarca de Beteta, y que fueron más de doscientas en todas las tierras altas del centro de la Península. Con la emigración de telón de fondo, el Gobierno Central justificó aquel zarpazo a lo rural con la mejora de la calidad educativa por medio de la instauración del colegio comarcal de Beteta, el transporte escolar y las escuelas hogar.

La supresión de escuelas en estas tierras, como era previsible, fue la antesala de la fuga de otros servicios públicos y privados, y con ello su caída en el olvido y el silencio. Los toponímicos de Carrascosa de la Sierra, Valsalobre, Santa María del Val, Lagunaseca, Cueva del Hierro, el Tobar y Masegosa, casi ignotos desde siempre para gran parte de la clase gobernante, quedan ya fuera del nomenclátor político.

En 2001 y siguientes, la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha recibió las transferencias de sanidad, educación y empleo, que restauraron una buena parte de lo desandado. Unos años antes, un equipo de maestros en Cardenete, en coordinación con otros grupos en otros puntos del país, había desarrollado el proyecto «Serranía Baja», que no era otra cosa que llevar a la escuela rural las enseñanzas de la LOGSE desde criterios de compensación de desigualdades y respeto a las diferencias. Se trataba de los C.R.A. (Colegios Rurales Agrupados). El proyecto contó con la receptividad gubernamental en amplias zonas del país.

En 2004 se constata que el modelo C.R.A. propicia la reapertura de muchas escuelas en la provincia de Cuenca que se habían suprimido en los años 80. El requisito: tener al menos 4 alumnos. Pero ya es tarde para la Serranía Alta y otras zonas. El colegio Comarcal de Beteta, que ya había perdido casi todos los alumnos de sus pueblos, no entra en la nueva red de C.R.A. y la zona queda lejos de la trama de institutos rurales o IESOS, siendo el de Priego o el de Molina de Aragón los más cercanos.

¿Helipuertos en estas tierras?, ¿Institutos?, ¿Centros de Salud?, ¿Polideportivos?, ¿Para qué? «¡No a los servicios para cuatro gatos con los impuestos de todos!» –claman hoy, insolidarios y desleales, algunos gobernantes de grandes conurbaciones receptoras de emigrantes conquenses durante décadas (Madrid, Barcelona y Valencia). Ese pensamiento, más o menos visible pero siempre latente, ha calado despacio como la lluvia ácida en muchas cabezas, amortizando neuronas, de tal modo que en la primavera de 2011 cosechamos flores negras en Castilla-La Mancha.

Es entonces cuando la coartada de la crisis permite a los nuevos gobernantes autonómicos servirnos el amargo fruto de aquel pensamiento que ganó en las urnas, debido al desembarco ideológico de la derecha madrileña a través de ciertos corredores electorales, y sobre todo a través de un programa muy distinto al que se está aplicando. Este no es otro que el modelo neoliberal de hacer negocio con la salud, la educación, la dependencia... Enseguida anuncian sacrificios por doquier, que ejecutan en forma de hachazos al empleo, a los servicios que merecemos y a la supervivencia de las comarcas.

Ahora queda luchar y resistir como siempre se ha hecho, lo cual no es poco. Seguro que una ofensiva movilizadora en coordinación con otras tierras conseguirá algún día ofrecer un horizonte de justicia y desarrollo equilibrado.

Quizá falte poco para que quienes nos roban el futuro se convenzan de que el carácter callado de nuestras gentes no significa que sufran impasibles los zarandeos y garrotazos. Porque el silencio, más que resignación, es un acto de recapacitación para levantarse siempre, por muy duras que sean las caídas.